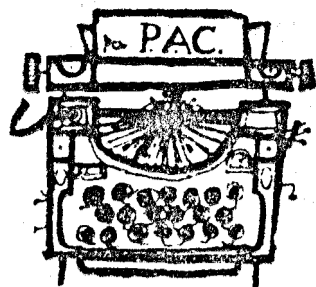


escrito a máquina

## La juventud y el nuevo sentido de solidaridad



El fenómeno de rebeldía y de voluntad de cambio que ofrece hoy la juventud no es, ni mucho menos, una característica especial de las nuevas generaciones. Desde la mitad del siglo pasado los estudiantes han venido jugando un papel casi decisivo en las revoluciones de Europa. Para no ir muy lejos: el movimiento revolucionario ruso fue predominantemente estudiantil hasta 1905. Los movimientos revolucionarios chinos del comienzo del Siglo XX fueron también protagonizados por jóvenes. Los movimientos nazista y fascista de Alemania e Italia fueron posibles por la juventud y el estudiantado, lo mismo que la caída de la Monarquía en España en 1931. En fechas recientes, la juventud ha sido también la protagonista de movimientos tan opuestos con el de liberación de Checoslovaquia y la "revolución cultural" china.

Max Weber observaba que los estudiantes se mueven cuando entre los ideales y la realidad se abre una brecha. El joven reacciona contra ese contraste o esa hipocresía y su reacción casi siempre se reduce a destruir la realidad o a negarla violentamente. Esto indica que —en el aspecto revolucionario— la juventud de hoy, como la de ayer, no tiene un Norte preciso ni un instinto especial para orientarse, sino, solamente, una gran capacidad de rebeldía, fruto de su autenticidad vital y de su desprendimiento.

En cambio, hay un aspecto en que las generaciones juveniles actuales sí muestran en su proceder un rasgo nuevo y absolutamente original como fenómeno colectivo. Me refiero al nacimiento de una nueva y extremada sensibilidad social, a una capacidad no manifestada antes por el hombre de percibir y compartir la solidaridad humana.

Esa muchacha ojerosa que no duerme cuando oye llover porque la gente de Miralago no tiene techo (frase de una colegiala a su médico) no es un modo de hablar. Es un modo nuevo de sentir, es una nueva forma de compasión, no como lástima sino como convivencia del padecer ajeno.

Hace dos semanas fuimos testigos de un hecho que pasó desapercibido —en su significación más profunda— bajo el alud de sucesos de la información diaria. Los dos jóvenes presidentes de las dos asociaciones de estudiantes universitarios del país se solidarizaron con la huelga de hambre de las madres que reclamaban mejores condiciones para sus hijos presos. En cualquiera época anterior esa solidaridad se hubiera expresado —con más distancia com-pasiva— por medio de actas, firmas, mítines, etc. La característica nueva generacional se manifestó en la forma de IDENTIFICACION con los 'otros': participaron del hambre. La palabra compañero —que viene de "cum-panis": los que comen el mismo pan— adquiere ahora un significado más extremo: los que comen la misma hambre, o sea, los que sienten en carne propia el hambre de los demás: Y este es el signo del nuevo tiempo.

El joven de hoy no soporta la repercusión en su "yo" del sufrimiento ajeno por lejano que parezca. Percibe el "pathos" social con una sensibilidad nueva, con una antena sensitiva de la cual carecía la humanidad de ayer. Nosotros vemos en la historia de los siglos pasados almas exquisitas, incluso santas, que eran capaces de actos heroicos de generosidad y compasión pero que no parecían inquietarse —porque no las "percibían"— por ciertas formas de crueldad ni por ciertas situaciones de dolor social como la condena a galeras, la esclavitud, las torturas inquisitoriales, etc. Hoy existen enormes crueldades

pero, en contraposición, se perfila esa nueva sensibilidad creciente que antes no se daba y que parece anunciar —o exigir— formas sociales inéditas.

Hace poco leía en una publicación el resultado de una encuesta en Estados Unidos sobre la oración de acción de gracias a la hora de las comidas. Como se sabe ha sido ésta una costumbre cristiana muy arraigada en ese país en todas sus clases. La encuesta mostraba un descenso casi vertical de esa costumbre, pero las contestaciones indicaban que la gran mayoría de los jóvenes había dejado de orar a la hora de la mesa, no por impiedad o pérdida de la fe, sino porque creían que no era honesto atribuir a Dios una comida obtenida por medios quizás injustos o por lo menos ilícitos en sus fuentes, mientras millones de hombres morían de hambre en el mundo. Esta duda sobre la justicia del sistema que permite comer a un joven honrado mientras otros jóvenes —no menos honrados— padecen hambre; esta delicada "honesty" ante los ojos de Dios no la manifiestan gentes especialmente virtuosas o santas sino jóvenes comunes y corrientes que de alguna manera misteriosa han adquirido ese sentido nuevo de la solidaridad humana.

Hechos así abundan. Tanto las reacciones y las rebeldías juveniles contra la injusticia, la guerra, la discriminación, etc; como las entregas generosas —por no decir heroicas— a toda clase de obras que signifiquen ayuda para los "demás" o promoción humana, son la historia menuda y diaria de millares de jóvenes de hoy. No citemos el caso, ya mundial, de los "hippies", el cual, apartando sus aberraciones, no deja de ser un testimonio del mismo fenómeno. Pero, marginando a los "hippies", es imposible no anotar tantas otras manifestaciones de vivencia voluntaria de la pobreza en medio de la abundancia, e incluso la fuerza avasallante, entre los jóvenes, de ciertas modas que marcan una preferencia por el vestir mal, por andar descalzos, por descuidar el peinado, es decir, por ASOCIARSE a la pobreza. Hay todo un "snobismo" por la miseria que parece brotar de una conciencia de culpa que, a su vez, acusa una sensibilidad nueva, exacerbada, de la comunidad humana. Y esto no era así en las generaciones pasadas, sino en casos excepcionales. Antes se requería un pasaporte de santidad para hacer o para sentir lo que hoy hace y siente espontáneamente una inmensa cantidad de muchachos en el mundo entero.

¿Qué sociedad se edificará a medida que se desarrolle este nuevo sentimiento de solidaridad? ¿Qué formas sociales anuncia esa capacidad para la convivencia? ¿Se trata de un paso adelante de la humanidad en la evolución de sus formas de vida comunitaria? ¿Será que la juventud, a la vanguardia de la especie, está ya construyendo el año 2000?

Anoto solamente esta circunstancia: el fenómeno se presenta como un reflujo, después de la gran ola ateísta o anti-teísta que recorrió el mundo entero y que llevó a la conocida proclamación de la "muerte de Dios". Si el hombre —según la revelación bíblica— es "imagen de Dios" ¿no será esa imagen perdida la que el hombre encuentra ahora en el hombre? ¿Y no será esa nueva "sensibilidad" —además del anuncio de una "comunidad" nueva— la nueva ruta para el encuentro de Dios?

"Quien no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve", decía Juan en su carta (1.4.20).

Y Pablo VI afirmaba al cerrar el Concilio:

"Para conocer a Dios es necesario conocer al hombre".

PABLO ANTONIO CUADRA